# El mapa del agua

Seudónimo: JCantares

En la Escuela de la Gracia, los niños aprendían a dibujar el río antes de haberlo visto.

El Preceptor, un hombre de túnica almidonada e ideas fijas, les entregaba a diario una lámina idéntica con el cauce trazado

en tinta roja.

No era una simple lección de geografía; era un dogma de fe.

El río, les enseñaban, nacía en el Altar Mayor, fluía en línea recta hacia el norte y moría en el abismo de los impíos.

Salirse de la línea roja era pecado de soberbia.

Mateo guardaba su lámina bajo el pupitre. Tenía nueve años y un cuaderno de papel estraza oculto en el forro de la mochila.

Todos los días, al regresar a casa por el sendero del valle, Mateo se desviaba unos pasos hacia la arboleda para escuchar

el murmullo verdadero.

El río real no era rojo ni avanzaba en línea recta.

Tenía remolinos plateados, se curvaba con la terquedad de las piedras y se ramificaba en riachuelos que alimentaban

los huertos de la gente sencilla.

Una tarde, durante la lección del Santo Principio, el Preceptor caminaba entre las filas de pupitres revisando los trazos.

Se detuvo junto al asiento de Mateo. El chico, absorto, no trazaba la línea recta de tinta roja.

Con un trozo de carbón vegetal, dibujaba meandros, curvas caprichosas y pequeñas garzas descansando en las orillas

de su lámina oficial.

—¿Qué es esta aberración, Mateo? —la voz del Preceptor cortó el aire del aula como una vara.

Los demás alumnos ahogaron un murmullo y bajaron la cabeza.

—Es el río, señor —respondió Mateo sin alzar la voz, manteniendo los ojos fijos en la madera—.

El que pasa detrás del matorral de moras.

No va hacia el norte. Dobla hacia el oeste al llegar al molino.

—El río de la doctrina va hacia el norte —sentenció el hombre, apoyando las manos sobre el pupitre —.

Lo que tú imaginas detrás de las moras es una ilusión de la duda. Un estanque infecto.

—Si pone la mano en el agua, sentirá la corriente empujar hacia la tarde, no hacia la sombra — insistió el niño,

con una firmeza que no venía de la rebeldía, sino de la constatación humilde de los sentidos.

El Preceptor tomó la lámina, la rompió en cuatro pedazos y los dejó caer sobre las rodillas de Mateo.

—Mañana traerás cien veces la sentencia escrita: La verdad no cambia con el relieve de la tierra.

Si no lo haces, serás expulsado del libro de los puros.

Aquella noche, en la penumbra de su habitación, Mateo no escribió la condena impuesta.

Sacó su cuaderno de estraza y, con trazos finos y precisos, dibujó la red completa del valle: los manantiales, los afluentes

pequeños que nadie nombraba, las zonas donde el agua se volvía transparente y aquellas donde se filtraba bajo la tierra

para reaparecer más adelante.

Comprendió que nadie podía adueñarse del nacimiento del agua ni dictar su destino.

El agua era de quien la bebía y del cauce que ella misma elegía abrir.

A la mañana siguiente, el patio de la escuela amaneció en silencio.

El Preceptor esperaba en el umbral con el libro de faltas bajo el brazo.

Cuando llegó el turno de Mateo, el niño no entregó la sentencia ni pidió disculpas.

En su lugar, depositó sobre el altar del aula su cuaderno abierto por la página central.

Los demás niños se acercaron despacio, arrastrados por una curiosidad invencible.

Vieron las curvas doradas del carbón, las notas al margen con los nombres de las flores silvestres y la ruta clara

que conducía al mar abierto, un mar sin murallas ni guardianes.

El Preceptor alzó la mano para arrebatar el cuaderno, pero no pudo evitar que un niño pequeño, situado en la primera fila,

rozara con la yema del dedo el dibujo del molino y murmurara:

—Es verdad... Yo también lo he visto cuando voy por leña.

El murmullo se extendió por el aula como una corriente subterránea.

El Preceptor gritó pidiendo silencio, amenazó con castigos divinos y terrenales, pero la grieta en el muro ya estaba abierta.

Mateo recogió su cuaderno con calma, caminó hacia la puerta y cruzó el umbral hacia el aire fresco de la mañana.

Supo entonces que la conciencia es como el agua: se le pueden construir diques y represas, pero tarde o temprano

encuentra la grieta por donde volver a ser libre.